

ranzas por un momento nada mas. Cuatrocientos hombres de las tropas situadas en Sotuta, á las órdenes del primer Ayudante de infanteria permanente D. Miguel Bolio y veinte y nueve hombres de caballería mandados por el Capitan don Felipe de la Cámara Zavala y el Alférez D. Patricio O'Horan, desalojaron por disposicion del Coronel Rosado á los pronunciados de Yaxcabá que habian ocupado el pequeño pueblo de Tabi encabezados por el Teniente coronel D. Vito Pacheco, á quien hicieron retirarse en dispersion. Los Coroneles don Manuel Joaquin Canton y D. Alonso Aznar en su expedicion á Peto, habian salido completamente mal. Apénas supieron Vazquez y Trujeque que se hallaban en Chacsinkin y que habian de continuar su marcha al siguiente dia para el referido Peto, cuando salieron y se emboscaron á las inmediaciones del camino que vá del mismo Chacsinkin á dicho pueblo en donde los batieron con tan felices resultados, que los hicieron retroceder en completa dispersion, dejando prisionera toda su caballería y una gran parte de su armamento de que tambien el enemigo se apoderó (1).

Entónces las operaciones por parte de los pronunciados fuéron mas violentas. Baqueiro siguiendo su derrotero desde Tekax que fué su punto de partida, habia llegado á Cantamayec desde el cual siguió su marcha para Huhí, con direccion á Hocabá, incomunicando á las tropas de Sotuta con Izamal; Trujeque y Vazquez regresaron á Tihosuco, con el objeto de dirigirse á Valladolid, al mismo tiempo que D. José Cadenas con las otras fuerzas situadas en Ticul, junto con el Gobernador provisional y su acompañamiento, ocupó la hacienda Uayalceh distante ocho leguas de la Capital: Uman quedó abandonado por las fuerzas del Gobierno, en cuya virtud pasaron á ocuparlo las que se hallaban en Cho-

(1) Dos cosas dignas hay que notarse en este combate que se acaba de referir. En él ensayaron los indios de la comarca de Valladolid y Tihosuco la guerra de emboscadas que tan buenos resultados les habia de producir, y en él tambien oyó por primera vez el zumbido de las balas D. Manuel Cepeda Peraza que tanto se habia de distinguir despues por su valor.

holá. Por último, á los pocos dias ocupó Baqueiro con su seccion la hacienda Multuncue, en el cabo mismo de la Ciudad; las tropas de Uayalceh se situaron en Tixcacal, hacienda tambien que apénas dista una legua de la Capital rumbo al Sur, las de Uman vinieron á establecer su campamento en Chacsinkin, otra hacienda por el camino de Campeche á la misma distancia de Tixcacal, quedando Mérida, la residencia del Gobierno sitiada por tres diferentes direcciones, lo cual hizo que las tropas de Sotuta lo abandonáran, viniendo por caminos extraviados hasta llegar á la Ciudadela de san Benito, único punto en que se pudieron refugiar.

Este era el último golpe estratégico y el último avance tambien de la revolucion. Despues de esto no hubo necesidad de nada mas. No se cambiaron mas que unas cuantas comunicaciones entre el general Cadenas, jefe principal de los pronunciados y el coronel Peraza, relativas unas á la rendicion de la ciudad sin que se hubiese podido conseguir, y otras al cange mútuo de ciertos prisioneros que en eso sí se pudieron entender. Un gran acontecimiento ocurrido en Valladolid, vino á llamar la atencion de todos, acontecimiento del cual, quisieron sacar los del Gobierno ventajas á su favor, hasta que otro acontecimiento de que nos hemos de ocupar, vino á acabar con la administracion, dando á la revolucion un triste triunfo, y á los hombres que en ella figuraron, una tristísima celebridad.

El 11 de Enero de 1847, las tropas de Trujeque y Vazquez que como dijimos, habian retrocedido á Tihosuco, para dirigirse á Valladolid, encontrábanse posesionadas de Tixcacalcupul, distante cuatro leguas nada mas de la ciudad. Desde allí intimó Trujeque al Teniente coronel Venegas, comandante militar del distrito, para que se le rindiera con sus tropas, entregándole la situacion. El contesto de Venegas fué mandar una seccion que lo batió al siguiente dia, pero la cual encontrándose con una fuerza superior, tuvo que replegarse á su destino, dejando á los contrarios en pacífica posesion de Tixcacalcupul. El dia 13 avanzó Trujeque con sus tropas,

compuestas en su mayor parte de indios, posesionándose del barrio de Sisal, á cuyo punto se le fuéron á incorporar todos los vecinos de los otros barrios, siempre en constante pugna con las familias del centro de la ciudad. Venegas, portándose con el mismo valor de siempre, lo mandó á batir ántes que se atrincherase; entónces Trujeque sitió la plaza y retrocedieron los que estaban haciendo fuego sobre Sisal, empezando desde aquel momento una lucha desesperada entre trescientos hombres que eran los únicos que componian la guarnicion, contra tres mil que los hostilizaban sin cesar.

Todo el dia y toda la noche del 13, sostúvose por ambas partes un vivo fuego que los sitiadores hacian desde sus atrincheramientos, colocados á las inmediaciones de la plaza, y que los sitiados contestaban desde los suyos y tambien desde las alturas que ocupaban. Los indios atronaban los oidos con sus gritos, los vecinos de los barrios insultaban frenéticos á los del centro; unos y otros, indios y vecinos, se habian entregado á la embriaguez: Trajeque se hallaba confundido entre la multitud, sin que significasen nada ni su presencia, ni su voz. Al dia siguiente, dia 14 de Enero, estaba ya mas estrecho el sitio de la plaza, y los fuegos mas vivos y nutridos, así por parte de los unos como de los otros. El desórden se aumentaba á cada instante: las familias que podian abandonar sus hogares: las que no podian, lloraban por ellas y sus hijos; así se pasó todo el dia 14.

El dia 15, firmes los defensores de la plaza todavía, todavía sin rendirse, sin embargo, de que las trincheras enemigas apenas distaban unos cuantos pasos de ellos, dió Trujeque la órden de asalto que simultáneamente se emprendió por todas direcciones, en cuyo momento, si bien el valiente Venegas alzó bandera blanca, como sus tropas no suspendian el vivo fuego que hacian sobre los asaltantes, debido acaso á la confusion en que se encontraba el jefe, hicieron los últimos tocar á degüello, apoderándose á viva fuerza de la plaza disputada, cuyas consecuencias lloró Trujeque, y dijo que en toda su vida lloraria siempre que se acordase de aquellos hechos de

brutal ferocidad que mancharon de una manera escandalosa la revolucion. En esos momentos, Venegas, que al tremolar la bandera de parlamento lo hizo fuera de la trinchera principal, fué conducido prisionero al barrio de Sisal, en union de D. Juan José Méndez, jefe político de Espita, que tambien habia ido allí, pero no con la misma idea que aquel, sino al contrario, para impedirle lo que iba á hacer. Cuando esto estaba sucediendo, la turba desorganizada ya en la plaza, empezaba su obra de destruccion, cuyos horrores no pudieron ménos que estremecer al país. No nosotros, sino un documento auténtico, una carta nada ménos, escrita en Valladolid casi en los mismos dias, nos vá á esplicar con toda claridad lo que sucedió. Son sus palabras las que vamos á copiar á continuacion:

“Mientras esto estaba sucediendo, es decir, mientras Méndez y Venegas eran conducidos al barrio de Sisal, la gente sitiadora que se habia aumentado á cerca de tres mil indios unidos á los vecinos de los barrios que tambien se habian armado, cayó como un torrente sobre la plaza, trayendo abajo las puertas de las casas á menudos pedazos, y dejando en las calles y en la misma plaza ochenta y cuatro cadáveres de personas sacrificadas cruelmente á balazos y machetazos. Tres mujeres, dos niñas, dos ancianos y un tullido, fuéron de este número. El Vicario D. Manuel Lopez, á quien encontraron en su hamaca por no poderse mover de ella, sin embargo de haberles franqueado cuanto tenia, para librarse de un caso desgraciado, fué herido de un balazo en el vacío, un machetazo en el ombligo y un culatazo de fusil en la oreja izquierda, quien falleció el 18. El espanto y el terror fué llevado hasta seis leguas, al rededor de esta ciudad, en donde tambien se cometieron incendios, robos y asesinatos. El saqueo duró ocho dias, y cuanto se presentó á la vista de los indios, tanto fué objeto de su furor aniquilador. Puertas, ventanas, muebles de lujo y de uso, árboles, flores, todo fué devastado; un rayo, diez rayos que hubieran caido en cada una de las casas, no hubieran hecho tanto estrago. Los asesinatos no solo fuéron

horrorosos, sino tambien bárbaros y de caníbales; pues los cuerpos fuéron arrastrados en triunfo por las calles, quemados, y colocados los indios al rededor de las hogueras, escuchaban con algazara el crujido de las carnes, que algunos para prueba de ferocidad, arrancaban y mascaban. Ni la iglesia fué respetada, porque los que se refujiaron en ella, fuéron sacados y asesinados á sus puertas.

El dia 17, un famoso asesino, llamado Bonifacio Novelo, encabezó una partida de mil indios en San Juan, y pasó al barrio de Sisal en donde estaba preso Venegas, y este hombre valiente que con ménos de doscientos hombres sostuvo un fuego de tres dias y resistió las balas de dos mil indios, fué asesinado, descuartizado y arrastrados sus pedazos por las calles. ¡Ay, amigo, no es posible escribir esto con serenidad! tiemblo y me espanto al menor ruido, como si oyese venir la turba de asesinos sobre mí! El corazon no puede ménos que llenarse de pesar. ¡ Valladolid ha sufrido mucho !

Familias enteras han quedado reducidas á la mas espantosa mendicidad, y las que ménos han sufrido por pertenecer á la clase proletaria, han quedado desnudas y sin amparo. Diez años, quince años por lo ménos serán necesarios para reparar tanto mal. La emigracion de las familias es diaria, y es probable que el centro de la ciudad quede yermo.

Las personas visibles que perecieron, son las siguientes:— El Sr. vicario D. Manuel Lopez Constante, D. Pedro Gutierrez, D. Francisco Esperon, D. José Maria Moreno, D. Angel Trejo, D. Vicente Méndez, D. Romualdo Ríos, D. José Maria Lopez, de Oitas, D. Baltazar Lopez, de Senotillo, D. Silvano Bracamonte, de Izamal, D. Juan Estéban Echeverría, de Mérida, D. Andres Vales, D. Juan Arce, de Sucopo, D. N. Cervera, de Chichimilá, D. Nicolas Osorio, D. Claudio Venegas, mejicano, D. Andres Rosado, D. Basilio Coronado y doña Escolástica Solis."

De esta manera cayó Valladolid, el único baluarte del Gobierno en el Oriente, víctima de una soldadesca ebria de vino y de lujuria, que así descerrajaba las puertas de las casas para

destronar cuanto encontraba, que así daba muerte á los ancianos, á las mujeres y á niños indefensos, como cometia los actos mas brutales de lascivia, profanando á las esposas y á las hijas delante del esposo y de los padres, comiéndose la carne palpitante de sus víctimas, y arrastrando los cadáveres en las calles para hacer alarde de su bárbaro furor.

Gran sensacion causó ese acontecimiento en la Capital, lo mismo que en los pueblos todos de la Península; mas cuando debia esperarse que la guerra civil cesára, ya fuese por parte del Gobierno ó de los pronunciados, sucedió lo que sucede siempre en esos casos. No dijo Barbachano en presencia de lo que estaba sucediendo, que ya que eso costaba al país su permanencia en el Gobierno, desde luego se separaba de él en obsequio de la tranquilidad y de la paz. Al contrario, queriendo aprovechar la oportunidad que se presentaba, dirigió una comunicacion al coronel Peraza, acompañándole originales cinco comunicaciones de las autoridades de Tunkás y de Oitás, en que participaban lo ocurrido en Valladolid, y en la que manifestaba que las tropas que habian invadido dicha ciudad, habian faltado escandalosamente á las leyes de la guerra, asesinando friamente á los vencidos de una manera que hacia estremecer á la humanidad; que una guerra social y de barbárie amenazaba al país por parte de los indios ya insurreccionados, y que persuadido de que cualquiera cuestion en aquellas circunstancias debía olvidarse para salvar á Yucatan por medio de la union, lo pusiese en conocimiento del jefe de las fuerzas pronunciadas, acantonadas en la hacienda Tixcacal, autorizándolo para que nombrara una ó mas personas de su confianza, á fin de que con el carácter de comisionados pasáran á la referida hacienda Tixcacal, é hicieran mejores explicaciones sobre el particular.

El coronel Peraza cumplió en efecto con lo que Barbachano le decia: transcribió su comunicacion al General Cadenas acompañándole las de las autoridades de Tunkás y de Oitás, con nuevas reflexiones por parte suya, y nombró á los Sres. Dr. D. José Maria Meneses y D. Pedro Regil y Estrada, para

que desde luego pasáran á Tixcacal, suplicando á dicho General Cadenas que diera sus órdenes ejecutivamente para salvar, si era todavía posible, al desgraciado teniente coronel Venegas, á D. Juan José Méndez y á D. Fermin Irabien, sobre quienes se habia intentado el conato de ser asesinados, como otras muchas personas entre las cuales se contaban varias que ni por su carácter sagrado, sexo y edad, habian merecido compasion.

Pero tampoco los pronunciados quisieron ceder ni un ápice de su parte, porque si los gobiernos tienen un lenguaje propio para esos casos, tambien ellos tienen el suyo muy particular. El Secretario general Cicero, á quien dió cuenta el General Cadenas con los documentos referidos del coronel Peraza, le contestó para que lo hiciera con este último, que habia dado cuenta al Excelentísimo Sr. Gobernador provisional con su nota del dia anterior en la que le insertaba la que le pasó con la misma fecha el Comandante de las tropas existentes en la Capital, transcribiéndole la que le dirigió en el propio dia, D. Miguel Barbachano, acompañándole las comunicaciones de las autoridades de Tunkás y de Oitás, en que noticiaban la ocupacion de Valladolid por las fuerzas del mando de D. Antonio Trujeque, de cuyas notas deducian los Sres. Barbachano y Peraza un levantamiento general de la raza indígena contra la blanca, y que aunque el ánimo de S. E. se habia afectado profundamente ántes de dar lectura á aquellos documentos con la indicacion del gravísimo peligro que se corria pintado tan enérgica y elocuentemente por los respetables Sres. Dr. D. José Maria Meneses y D. Pedro Regil y Estrada, lamentando la ceguedad con que se habia provocado el alzamiento referido de la raza indígena, no por el plan proclamado en la plaza de Campeche, sino por los autores del decreto de 12 de Diciembre, que declaró traidores no solo á los que auxiliasen, sino hasta á los que no hostilizasen á los pronunciados, la lectura de las comunicaciones de las autoridades de Tunkás y de Oitás en que se fundaba aquel concepto, habia producido en el ánimo de S. E. el mayor consuelo, no solo por apa-

recer contradictorias las noticias dadas por soldados prófugos que no podian deponer como testigos presenciales, sino porque no encontraba una sola palabra en dichas comunicaciones en que se dijese que los indios que hacian parte de las fuerzas del Sr. Trujeque, matasen á todos los blancos de Valladolid, y los matasen por la sola razon de ser blancos: *que podian haber acaecido en la ocupacion de aquella ciudad algunas venganzas atroces que por mas que no fuesen nada extrañas aun en las naciones mas civilizadas, cuando una plaza se toma por asalto, despues de haber experimentado resistencia y que haya hecho perder considerable número de gente á los sitiadores, como habia sucedido con las fuerzas del Sr. Trujeque, y que por mas disculpable que eso fuese cuando la resistencia no se hacia á un enemigo extranjero, sino á hermanos que sostenian principios incontestablemente fundados en la conveniencia pública, no por eso afectaban ménos dolorosamente el ánimo de S. E. que habia dictado y dictaba todas las medidas conducentes á evitar la repeticion de aquellos males, aunque con muy poca esperanza de conseguirlo, por la resistencia que provocaba y exasperaba á las tropas asaltadoras, y por último que aun suponiendo fundados los temores manifestados por los Sres. Barbachano, Peraza, Meneses y Regil, eso queria decir que el único modo de remediar el gravísimo mal que se presentaba, era el que la Capital depusiese su actitud hostil, adoptando el plan proclamado en la plaza de Campeche, como se encontraba ya adoptado en la inmensa mayoría de los pueblos de Yucatan.*

Nada pues, en vista de esto habia podido conseguirse de los hombres principales de la revolucion en obsequio de la paz, nada habian podido arreglar los comisionados que desde luego regresaron á la Capital, nada tampoco habia querido ceder el Gobierno del Estado en obvio de mayores calamidades y desgracias, hasta que vino á tener lugar el segundo acontecimiento que hemos indicado, y que fué lo que definitivamente acabó con la cuestion.

Pocos dias despues de lo ocurrido en Valladolid, el primer Ayudante de infanteria permanente D. Francisco Oviedo,

aquel contra quien hacia alusiones nada favorables *El Vigilante* cuando las ruidosas elecciones de 1845; pero que sin embargo de eso estaba al servicio del Gobierno; organizó una fuerza del batallon 1.º, con el objeto de ir á batir á los pronunciados que se hallaban en Tixcacal segun manifestó, aunque el resultado fué que dicha fuerza no regresara á la Ciudad, porque segun la fama pública la entregó á los contrarios de una manera maliciosa siendo este, el último golpe de gracia contra Barbachano que no pudo ménos que sucumbir.

Agotadas al fin sus esperanzas, subyugados casi todos los pueblos del Estado, cercada la Capital casi por todas direcciones, consternada la sociedad con lo ocurrido en Valladolid, expidió una proclama, en que haciendo una explicacion de su conducta desde 1.º de Enero de 1846, manifestaba que no queriendo ser el responsable de una guerra de barbarie iniciada yá por los pronunciados, que habian armado á la raza indígena, interesándola en las cuestiones políticas que se trataban, desde luego se separaba del Gobierno del Estado, pidiendo á los yucatecos por única recompensa, el que jamas pudiesen atribuirle las funestas consecuencias que preveia.

Aquella proclama tenia la fecha de 20 de Enero; pues bien, á los tres dias previos unos tratados que se celebraron en la hacienda Tecoh y en los cuales intervinieron por parte de las tropas de la Capital, los Coroneles D. Eulogio Rosado y D. Felipe de la Cámara Valdés, y por los pronunciados los de igual clase D. Gerónimo López de Llergo y D. José del Carmen Bello, hicieron su entrada triunfal en la Ciudad las tropas vencedoras, á quienes saludó su General con una breve; pero muy expresiva proclama, cuyas últimas palabras fuéron las que siguen.

“¡Soldados ciudadanos!—Aqui no hay vencedores ni vencidos: el triunfo es de la opinion pública: la victoria es de la patria en cuyas aras sacrosantas juramos sostener sus prerrogativas. Si hay lágrimas que enjugar, apresurémonos á enjugarlas; si hay males que reparar, todos estémos prontos á cumplir con este deber.

¡Amigos míos! Estoy sumamente satisfecho de vuestro noble comportamiento, habeis cumplido bien como militares y no dudo que sabreis ser del mismo modo dignos ciudadanos.

¡Soldados del pueblo! Por ahora queda desempeñada vuestra mision, y por tanto se congratula con vosotros vuestro conciudadano y mejor amigo.—*José Cadenas.*”

Así terminó á los cuarenta y cinco dias la revolucion iniciada en la plaza de Campeche, en cuya virtud pasamos ahora á calificar la justicia ó injusticia con que se proclamó la neutralidad de Yucatan en la guerra de los Estados-Unidos del Norte contra la República, asi como la conducta de Barbachano y Méndez, que eran por su carácter de Jefes de partido y sus relaciones, el oriente de la política peninsular.

Bajo el aspecto del derecho y de la justicia, si Yucatan, estaba unido á Méjico por un pacto expreso como lo estaba, y á cuyo cumplimiento estaban obligadas ambas partes, habiendo faltado repetidas veces la primera parte contratante, con perjuicio grave de los intereses del Estado, no hay tanto derecho que se diga para infamar el nombre de Yucatan por haber proclamado la neutralidad. Si reclamó primero por medio de la razon el cumplimiento de ese pacto y no se le escuchó, habiendo sido necesario que derramára la sangre de sus patricios el año de 1840 para encontrar justicia: si celebrados los tratados de 1841, no fué él quien faltó, sino el Presidente de la república, sin embargo de que habian sido aceptados por un enviado suyo, con facultades necesarias para el efecto: si en vez de romper violentamente cuando eso, rogó con toda moderacion que se cumplieran, primero al Presidente, al Congreso de la Union despues, no una, sino dos y tres veces, y en vez de que se le escuchára, fuéron declaradas piratas sus embarcaciones y se le mandó hostilizar con un gran ejército, una numerosa armada y una artillería bien provista; si triunfó no obstante, contra tan superiores elementos, reconquistando con la sangre de sus hijos sus derechos usurpados, por medio de los tratados de 14 de Diciembre de 1843, y

cuando todavía repicaban las campanas de sus templos en señal de regocijo por haber vuelto al Gobierno nacional, el Gobierno nacional le volvió á faltar, y en vez de romper con él, cumplió sin embargo por su parte lo que le tocaba, suplicando cuatro y cinco ocasiones para que el Gobierno nacional cumpliera por la suya, y el Gobierno nacional nunca quiso cumplir, ¿qué razon habia para que á última hora, cuando de tal manera se le habia tratado, se le comprometiese en una guerra contra los Estados Unidos del Norte, obligándolo á sufrir sus consecuencias? Ninguna á nuestro juicio, si de este modo se considera la cuestion.

Pero los pueblos como los individuos en su razon de obrar, tienen muchas veces el deber de sacrificar el derecho que les asiste para no faltar á las leyes de la caballeridad y del honor, mucho mas cuando entre unos y otros existen ciertos vínculos que no pueden relajar sin riesgo de incurrir en una mala nota, sea cual fuese el modo con que esos vínculos existan. De cualquiera manera, el mundo entero sabia que Yucatan formaba parte de la confederacion de la república, á quien los Estados Unidos hacian una guerra injusta, por lo cual era natural que al proclamar la neutralidad, lo calificasen de traidor, á cuya calificacion venia en seguida la de cobarde, por haber aprovechado precisamente aquella oportunidad para separarse del Gobierno nacional, alegando en obsequio de sus intereses los desvaríos de aquel y la apremiante situacion en que se encontraba, de cuyas consecuencias, segun el acta, no querian participar. Que en otras épocas en que aquella situacion no existia, se hubiese levantado el país contra el Gobierno general á reclamar sus derechos usurpados, está muy bien; pero que lo hubiese hecho cuando una guerra extranjera lo abrumaba, cuando por aquella causa habia sido invitado repetidas veces para que volviese al Gobierno nacional, y sobre todo, cuando ya el general Santa Ana habia derogado la orden de 21 de Febrero y restablecido los tratados de 14 de Diciembre, aunque eso no hubiese sido de conformidad con el decreto de 2 de Julio, cosa es esa con la

cual no podemos convenir, mucho mas cuando recordamos el personalismo y el espíritu de partido que mediaban en la cuestion. Por eso creemos que el partido político que proclamó la neutralidad, especialmente D. Santiago Méndez su caudillo, difícilmente podrán obtener indulgencia alguna de la posteridad.

Esto sin embargo, no quiere decir que Barbachano y su partido hubiesen sido unos héroes en defensa de la causa nacional. Barbachano y su partido solo buscaban un punto de apoyo contra sus adversarios, una sombra nada mas que los cubriese. ¿Podrá considerarse héroe magnánimo contra la neutralidad el que ántes fué á hacer proposiciones á Campeche, para la anexacion de Yucatan á los Estados Unidos del Norte? ¿Podrá considerarse del mismo modo á los diputados del Congreso extraordinario, cuando despues del decreto de 2 de Julio, en que aprobando la separacion de Yucatan del Gobierno nacional, establecian implícitamente la neutralidad, supuesto que estaba ya declarada la guerra contra la república; y luego se adherian al plan de Guadalajara, llamando al general Santa Ana, á quien tanto conocian por sus inconsecuencias con el Estado, *el insigne repúblico, el libertador de la patria, el único que por sus vivos sentimientos en favor de Yucatan podía llevar á cabo el reconocimiento de los tratados de 14 de Diciembre?* ¿Podrá considerarse en eso buena fé? No, de ninguna manera se puede considerar.

Por eso es necesario convenir que así los unos como los otros, que así Barbachano como Méndez, en las cuestiones que tuvieron en ese tiempo, hundieron en un abismo al país, cuando pudieron hacer su felicidad, porque aparte de las desgracias que ocasionaron, han sido los únicos hombres en el Estado, á cuya voz se levantaban sin presion numerosos partidarios suyos que revelaban su poder, circunstancia que nos obliga á hacer de estas dos entidades políticas, las mas grandes que se han conocido en la Península, una imparcial calificacion.

Méndez, digan lo que quieran sus enemigos, tiene un ta-

lento organizador para el Gobierno, tiene en sus actos administrativos una absoluta independencia, en la manifestacion de sus ideas, una franqueza extraordinaria, en las resoluciones que dicta despues de un maduro exámen, una firmeza inquebrantable, en cuestiones económicas, profundos conocimientos, y sobre todo, mucha gravedad y circunspeccion en su conducta. Si hubiera podido sustraerse un poco del apego que tenia á los intereses locales de su Ciudad natal en 1847, para proceder mejor, ahora solo se dijera de él respecto de la neutralidad, que aunque faltó á las leyes de la caballeridad y del honor, no hizo mas que seguir los principios invariables de justicia contra el Gobierno general. Pero desgraciadamente sobre ser difícil á un hombre hacer ese sacrificio, por mas independencia que tenga en su carácter, rodeado de un pueblo enérgico, ardiente y susceptible como es Campeche, jefe de un partido al fin, y exitado por sus adversarios, no pudo ménos que lanzarse por aquella pendiente resbaladiza, de cuyas consecuencias como hemos dicho, no se puede defender ni le absolverá la posteridad.

Las cualidades de Barbachano eran otras. Jamás hombre alguno en el Estado há sabido influir en las masas populares como él, ni há figurado en las grandes emergencias con resultados sino tan brillantes todos, al ménos todos ellos grandes y ruidosos. Y era que él habia nacido precisamente para eso: arrogante en su figura como hemos dicho en otra parte, dotado de facilidad para expresarse, de carácter insinuante y comunicativo, muy diverso del de su rival que es grave y circunspecto, hasta un tanto desagradable, poseia el don de atraer á la multitud. Sin embargo, como si no hubiese sido mas que esa su mision, cuando las grandes agitaciones se calmaban, se nulificaba completamente cuando trataba gobernar: se entregaba al mas ruin favoritismo, el despacho quedaba abandonado, los caudales públicos en completo despilfarro, todo en fin, era un desórden espantoso. Dios lo habia dispuesto así: al uno que habia nacido para organizar, le dió gravedad y circunspeccion, le dió independencia de carácter.

le dió firmeza en sus resoluciones: al otro que lo habia formado para las grandes crisis, le dió facilidad para explicarse, lo dotó de simpatias, le dió valor para el peligro y una presencia bella con que llamaba la atencion; por último, el uno tenia capacidad administrativa, el otro la tenia política: Méndez nació para gobernar bajo la sombra de dias tranquilos, Barbachano, vino al mundo para figurar en medio de grandes acontecimientos.

Mas yá que algo nos hemos dilatado en calificar la conducta política de Yucatan, ó mas bien del partido político que proclamó la neutralidad, pronunciando el fallo que á nuestro juicio debe recaer sobre sus autores, así como en presentar el modo con que debe considerarse á los hombres principales que en aquellos tiempos figuraban, vamos á fijarnos ahora en uno sobre cuya memoria hemos oido que se lancen anatemas, aplicándole palabras de maldicion. Vamos á hablar del caudillo de las tropas pronunciadas que invadieron Valladolid, cuya ocupacion causó los asesinatos de 15 de Enero de 1847, de que hemos dado cuenta yá.

¿Será Trujeque como hemos oido decir á muchos, un monstruo de ferocidad y de barbarie, un malvado entre los mas célebres malvados? ¿El, no mas que él habrá sido la causa principal y única de lo sucedido en Valladolid? Si no tuviéramos respecto de esto, informes imparciales y positivos, si la tradicion que hemos recojido sobre este particular precisamente de personas cuya vida estuvo en gran peligro cuando eso, no nos demostrára lo contrario, si los hechos que confirman esa tradicion no nos obligáran á pensar de otro modo tal vez uniendo nuestra voz á la de los que maldicen á Trujeque, diríamos tambien como ellos dicen, que es un monstruo de ferocidad y de barbarie, un hombre abominable para la posteridad. Mas afortunadamente la causa de los asesinatos de Valladolid, no es como la de los asesinatos del 13 de Febrero, una causa envuelta en el misterio que nadie al ménos, desapasionadamente nos podrá explicar, siendo esta la razon por la que no podemos convenir, con los que sin tomar

en cuenta antiguas causas, causas poderosas en verdad, que produjeron la catástrofe de 15 de Enero de 1847, no han temido juzgar precipitadamente á la persona de que nos venimos ocupando, dando lugar á que de este modo pase una cosa desfigurada á la posteridad, contra todos los principios de justicia y buena fé.

Trujeque encontró en Valladolid, una bandera que no era la que él habia tremolado en Tihosuco al secundar la revolucion, sino los vecinos de los barrios contra los del centro con motivo de aquel nécio orgullo de que hemos hablado en otra parte, y de aquella odiosa diferencia que los últimos habian establecido contra los primeros sin preveer sus consecuencias, siendo esta la causa de una especie de incomunicacion entre los unos y los otros: era una bandera que habian alzado grandes odios y crueles resentimientos alimentados por las mismas familias de la ciudad. En vista de la diferencia establecida, los vecinos de los barrios no podian mezclarse con los del centro, ni en sus fiestas, ni en sus bailes, banquetes y paseos, aun cuando fuesen solo como espectadores, aun cuando se presentasen con decente traje, procurando manejar-se caballerosamente, porque de cualquier modo juzgaban eso una profanacion contra la alta estirpe de que hacian alarde. Ridículas distinciones sin duda alguna, que mas tarde debia acabar la civilizacion; pero que primero debian llorar siquiera como un castigo de la divina providencia, que así sabe castigar á la pobre humanidad que rastreándose quiere ser soberbia, y que olvidando nuestro comun origen pretende establecer sus gerarquias, como si eso fuese suficiente para cubrir su pequeñez.

Razon era esta porque aun ántes de que Trujeque pensase ir sobre Valladolid, pensamiento que no habia tenido hasta que no se le mandó de oficio, ya se le habian ido á incorporar Juan Vazquez, un tal José Dolores Castillo de Tixcacalcupul y el célebre Bonifacio Novelo, llevándole no tan solo un número considerable de gente de los barrios, sino indios de casi toda la comarca que levantaron para el efecto, y que que-

tosos marcharon con ellos á Tihosuco. Por eso engrosó sus filas considerablemente desde que tomó posesion de Tixcacalcupul; y por eso igualmente, desde la víspera de su llegada á Valladolid, ya tenia el jefe político del partido D. Juan Pio Pérez, una lista de todas las familias del centro de la ciudad que al dia siguiente debian morir.

¿Sabia Trujeque por qué los vecinos de los barrios en union de los indios de la comarca del referido Valladolid se le habian ido á incorporar de una manera tan voluntaria? No lo sabia; nada de eso nos dicen los documentos. ¿Estaba impuesto de la combinacion que habian formado y del sentimiento de venganza que guardaban en su pecho? Tampoco nos lo dicen la tradicion y los documentos. ¿Tenia noticia de la lista que el jefe político del partido conservaba en su poder y en la cual estaba el nombre de todas las familias que debian morir? Absolutamente lo ignoraba. Y entónces, si ese hombre solo llegó á tiempo de lo que iba á suceder, ¿por qué se le juzga el único y la causa principal de todo? ¿Por qué aceptó la gente? Eso lo hace cualquier revolucionario. ¿Por qué levantó á los indios? Antes que él, lo habian hecho los hombres mas distinguidos de aquellos tiempos: Cosgaya, Méndez y Barbachano, todos cuantos figuraban en esa época, todos ellos habian aceptado los servicios de los mismos indios de quienes durante la expedicion de las tropas federales, cuando cruzaban por las calles de Campeche, oprimidas sus espaldas con los víveres que llevaban, decian los periódicos al siguiente dia: "Hijos de Tutul-Xiu y de Cocom, sois los leales defensores, sois los dignos hijos de la patria, y pronto la patria os recompensará." Por último, para convencernos de que Trujeque no solo no fué uno de los asesinos que inundaron de sangre á Valladolid, sino que hizo todo lo posible para contener los asesinatos cometidos, oigámoslo en los cuatro párrafos últimos de una vindicacion publicada por él mismo en 19 de Febrero de 1847, para mayor justificacion de lo que hemos dicho de él.

"Los vecinos de los barrios, dice, empezaron el saqueo en